

¿Qué dices de esto, querido amigo? ¿Es eso morir en el sentido desolador que el mundo da á esta palabra? Semejante muerte, ¿no se ve llena de vida, y vida inmortal? ¿No tengo razon para decirte, que para el cristiano la muerte no es más que una apariencia de muerte y el paso á la verdadera vida? ¡Quiera Dios que lo sea la nuestra!

Tu afectísimo...

## CARTA DÉCIMASEXTA.

SUMARIO: La muerte gozosa: nuevos ejemplos.—Suarez.—Baronio.—Sor María de Venecia.—Sor Antonina de San Jacinto.—Fulvia Segardi.—José Scamacca.—Angélica Fabre.—Felicitas de Netumieres.—El hermano Moisés.—Amado Bailly.—Mr. Jacquinet.

### QUERIDO AMIGO:

Es tan dulce el cuadro que en mi última carta te puse á la vista, que quiero hacértelo contemplar más todavía: accedo gustoso á tus deseos, que no pueden ser más razonables. Como cristianos que somos, nos conviene muy mucho ver cómo los que de veras lo son dejan esta vida. Su conducta en ese momento supremo nos alienta y nos consuela: dos beneficios que nada puede proporcionarnos en igual grado.

Antes de salir de Italia, pasemos á Roma. ¿Ves en su lecho de muerte á uno de los más insignes teólogos de la Iglesia? Se llama Suarez. Escucha sus últimas palabras: «¡Oh Dios mío! ¡Yo no sabía que tan dulce fuera el morir!» Contempla también, no lejos de allí, al

Cardenal Baronio. Se le acaba de hacer la recomendacion del alma. «¡Ea, exclama, llegó la hora de la alegría y el regocijo: me muerol!»

Citaré también á Sor María de Venecia, que viendo llegar la muerte, gritó en un trasporte de alegría: «¡Al cielo, al cielo!»

Su digna compañera en religion, Sor Antonina de San Jacinto, del Orden de Santo Domingo, en el trance mismo de la muerte, muestra alegría extraordinaria; le preguntan por qué está tan contenta, y responde: «¡Me llama Dios de mi larga prision á su palacio eterno, y me preguntais la causa de mi alegría!»

Iguales ejemplos encontramos en el mundo. La piadosa dama Fulvia Segardi, llegado el momento de verse libre de la muerte viviente que se llama la vida de acá abajo, hizo venir una música para celebrar con dulces acordes su nacimiento á la vida verdadera.

Un religioso de la Compañía de Jesús, por nombre José Scamacca, no cesaba de repetir en los últimos días de su enfermedad: «Me alegro, me alegro». *Lætatus sum, lætatus sum*. Habiéndole uno preguntado si moría con la firme esperanza de salvarse, respondió con viveza: «¿He servido yo á Mahoma, para que dude ahora de la bondad de mi Señor?»

Busquemos ahora algunos ejemplos más próximos á nosotros en tiempo y lugar. Hémos en esta Bretaña, donde se conserva firme la fe, cual herencia de familia. Era pocos años antes de la revolucion, en 1777. Una tierna virgen, Julia Ana Angélica Fabre, moría en la ciudad de Vannes, que llenaba del esplendor de sus virtudes. El aumento de sus padecimientos no servía sino para ponerla más contenta y amable. Con el Crucifijo siempre en la mano, besaba cada instante la imagen de su Amado, quejándose dulcemente de Él, como la esposa de los *Cantares*, de que con su tardanza la dejaba languidecer.

Cuando la preguntaban cómo estaba: «Muy bien», respondía; porque su unico deseo era padecer. Si se la tenía lástima, parecía que se afligía. Desde que había amado á Dios, es decir, desde su infancia, Julia no había cesado de suspirar por el fin de su destierro, como la generalidad de los hombres suelen suspirar por una larga vida.

Pero en su última enfermedad, el deseo de verse unida para siempre á Dios era inefable. Contaba en cierto modo los días y las horas que la iban aproximando al término feliz de sus esperanzas. «Padre, decía á su confesor, Dios ha dilatado todavía el oír mis votos.»

Ayer creí reunirme á Él: no me quiere todavía; tengamos paciencia; mas para el día de Navidad, ¡oh! á lo ménos para ese día ya estaré allá».

Su prediccion se cumplió. La víspera de Navidad, á las seis de la tarde, se le abrió la puerta del cielo, casi al mismo tiempo que la gruta de Belén recibía bajo su tosco techo al que había bajado del cielo para buscar á los hijos de Dios, dispersados á los cuatro vientos.

Dejando la Bretaña, detengámonos á la puerta de un pobre monasterio próximo á la capital de esta provincia, y contemplaremos la muerte de otra virgen cristiana: Felicitas de Netumieres.

Si queremos conocer las disposiciones en que la santa viajera abandona la tierra de su destierro, leamos la carta que en su lecho de dolor escribió á su sobrina, la condesa de San-Pern: «¡Qué contenta muero, querida amiga! Quisiera yo hacer probar á todo el mundo lo que yo experimento ahora. No habría un sólo hombre que no quisiera darse á Dios, si supieran cuán dulce es amarle, cuán ventajoso servirle, cuán delicioso el morir con la esperanza fundada de reunirse á Él. Por lo ménos á tí puedo decírtelo: sí, te lo repito al corazón, y lo digo igualmente á cuantos

haya cerca de tí. ¡Qué feliz sería yo si lograra ganarles á todos para mi Dios! Adios, mi buena amiga; ora por mí cuando me muera, á fin de que, unida más pronto á Dios, pueda pedirle tu bienaventuranza».

No tardaron en ser oidos sus votos. La enfermedad hizo rápidos progresos, y la dulce Felicitas vió con la paz del justo, con la impaciencia de la novia y el ansia de la paloma, llegar el gran día del fin de su vida. Recibido el sagrado Viático, preguntó si creían que se moría aquella noche. Respondiéronle que todavía se sostenía el pulso, lo cual le hizo lanzar un suspiro. «Hermana, la dijeron entonces sus compañeras, ¿de sea solemnizar mañana con los ángeles la fiesta de su Reina?» «Eso querría yo, respondió con presteza; pero soy muy indigna de ello».

Su divino Esposo era de otra opinion: Felicitas se durmió en los brazos del Señor el día 1.º de Agosto de 1788, víspera de Nuestra Señora de los Angeles.

Acaso creerás, querido amigo, que eso de morir llenos de confianza y alegría, es privilegio exclusivo de las almas cuyo traje bautismal no se ha manchado con ningún pecado grave. Este sería un error, que debes corregir tú y cuantos lo tengan. A todos os desen-

gaña por completo el primer Santo que entró en el cielo, el buen ladrón. Millares de veces se han repetido casos semejantes en cada uno de los diez y ocho siglos que nos han precedido.

En el camino que nos lleva de Brataña al Este de Francia, hay un monasterio de la Trapa. Entremos en esta casa de Dios. La caridad nos dará, no sólo el pan del cuerpo, sino además el ejemplo de una muerte hermosa, delicioso alimento del alma.

El hermano Moisés ha llegado á su última hora. ¿Quién es el hermano Moisés? En el mundo era el Sr. de Ligré, gran preboste de la Turena, enlazado con las más nobles familias de Francia. ¿Nada más? Sí: era el más audaz bandido de su tiempo. Esclavo, pero esclavo rabioso de las tres concupiscencias, era la afrenta de su familia y el terror del país.

Obligado á huir á América para escapar del merecido castigo de la justicia, llegó á Nantes para embarcarse. Al entrar á bordo supo la muerte de su madre. Consternado con esta noticia, dejó ir la nave, se volvió á Tours, y se abandonó á la dirección de un amigo virtuoso, resuelto á hacer todas las reparaciones y penitencias que se juzgaran necesarias.

«La Trapa te llama, le dijo su amigo; allí, olvidado del mundo y devuelto á tí mismo,

encontrarás el camino que conduce á la vida». Sin vacilar acepta el consejo, renuncia á todos sus desórdenes, repara en lo posible los escándalos que ha dado, y provisto de una carta de recomendación para el reverendo Padre Abad de la Trapa, se presenta en el monasterio donde le vamos á ver.

Ha sido admitido á hacer ejercicios espirituales por la caridad habitual de aquellos buenos religiosos. El fervor con que cumplió todos sus deberes fué tan grande, que pronto se le reputó digno de tomar el santo hábito. Tanto como había amado á su cuerpo de la manera desordenada que el mundo inspira, otro tanto lo aborrecía ahora con el odio santo que nuestro Señor recomienda á sus discípulos. Cuando por obedecer á los superiores tenía que concederse algún alivio como remedio de su desfallecimiento, obedecía desde luego; pero avergonzado de templar la mortificación, insultaba á su cuerpo, diciéndole con las maneras duras y bruscas de sus antiguos tiempos: «Espera, espera unos días: yo te haré pagar los réditos; caro te ha de costar».

Y cumplía la palabra. Tan luego como se lo permitían las fuerzas, volvía con nuevo ardor á todas sus austeridades. Habiendo llega-

do en poco tiempo á un alto grado de santidad, el Señor puso fin á las pruebas de este siervo fiel.

Ocho días antes de su muerte fué en busca del Padre Abad, sin señal alguna de que se hubiera alterado su buena salud, y le dijo: «Reverendo Padre: conozco que Dios me llama, y que me queda muy poco tiempo de vida.—Si Dios le llama, espérelo todo de su misericordia; pero no se lisonjee de ir al cielo con tan corta penitencia como ha hecho, sin pasar por el purgatorio.—¡Ay, Padre míol! ¿Estaría bien que un hombre como yo pretendiera tal cosa? Sería una injusticia, y Dios es justo. Al purgatorio, pues, hasta el día del Juicio, y más si es posible».

A los pocos días de esta conversacion se le declaró una enfermedad mortal. El hermano Moisés toca á su última hora. Vamos á la enfermería con el reverendo Padre Abad, y algunos otros religiosos: «Hermano, le dice, esta enfermedad pudiera ocurrir que sea la última.—¡Qué dicha tan grande! exclamó en un transporte de alegría. ¡Qué gracial!» Pocos instantes después añadió: «Reverendo Padre, me voy al cielo»; y espiró <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Relacion de la vida y muerte de algunos religiosos de la Trapa.*

Continuemos nuestro viaje hacia el Este de Francia: estamos en medio de los Vosgos. En un cuarto solitario, del cual hace algunos años que no ha salido, está sentado en una silla vieja un joven de veintitres años, lleno de inteligencia, rico de instruccion, de paciencia, é invencible y constante afabilidad. ¿Qué hace? Sufrir encadenado allí por la enfermedad. Tiene cariados los huesos de las piernas y las costillas del corazon, que le ocasionan dolores horribles. Ha muerto ya cien veces antes de morirse, y piensa con placer en la hora postrera de su peregrinacion. De esto habla con cierta especie de entusiasmo, considerándose aquí bajo como *un pobre cautivo cargado de cadenas*, según solía decir.

Penetrado de dulce y valiente pensamiento de que esta vida no es la vida, toma él mismo, sin asustarse, los pedazos de sus huesos cariados que el cirujano extrae de las llagas, y desmenuzándolos tranquilamente: «He aquí, dice sin conmoveerse, las partículas de mi cuerpo, que toman la delantera; el resto irá detrás». Y añade sonriéndose: «Los grandes señores, cuando emprenden un viaje, tienen costumbre de enviar delante alguna parte de su equipaje, para llevar ellos ménos impedimenta. Lo mismo hago yo: á lo grande.

»Los religiosos más austeros tienen en sus celdas y sobre la mesa calaveras y osamentas humanas, para contemplar lo que han de ser; pero yo, con mis propios ojos, en mi propia carne, veo ya el principio de mi humillación.

»Antes de que me entierren puedo contemplar y palpar mi cadáver. *Mis huesos se han pulverizado por el ardor que me consume. Mi carne está cubierta de úlceras y podredumbre. Semejante soy á un harapo viejo, roído por viles insectos* <sup>1</sup>. Pero nada de esto me aflige. Veo los restos de mi cuerpo confundidos con el polvo hasta la consumación de los siglos, sin que se turbe la paz de mi corazón. *Alegrádose há mi corazón, y mi carne descansará en la esperanza*» <sup>2</sup>.

Esta fe viva, que hace al hombre tan grande en presencia de la muerte, no le abandona un instante. Ve á sus piadosos padres llorar, y les dice: «No lloren ustedes: el Señor les pagará todo el bien que hacen conmigo. Yo no les olvidaré. El que ama de veras, ama siempre».

Cuando recibió los últimos Sacramentos,

<sup>1</sup> Job, xxx, 13.

<sup>2</sup> Salm. xvi.

exclamó con expresión indecible de felicidad y confianza: «Gracias á Dios, ya no soy de este mundo. Sí, Dios mío, voy á contemplaros en la tierra de los vivientes».

Tales fueron sus últimas palabras. Así murió, sin agonía, el virtuoso Amado Baylli, á 19 de Noviembre de 1781, de veinticuatro años de edad <sup>1</sup>.

Llegamos al término de nuestro viaje. En pocas horas nos ponemos en el Franco-Condado, esta segunda Bretaña por la fe valiente de sus habitantes. No te hablaré, querido amigo, de esos diez y nueve mártires de la revolución, que, encerrados en el castillo de Malche, cantaban los himnos de la Iglesia mientras esperaban el momento de salir para el cadalso. El tío queridísimo, cuya inspirada palabra sostuvo el valor de sus compañeros, ora en el cielo por el sobrino, que en este momento renueva con admiración su impercedero recuerdo.

Estamos en Besanzon. En Enero de 1798 fué preso en Echenoz, pequeña villa de la Alta Saona, que yo conozco muy bien, monsieur Jacquinot, vicario de Melincourt. Culpable de ser fiel á la Religión, este joven

<sup>1</sup> *Estudiantes virtuosos*, por el abate Caron.

sacerdote fué conducido á Besanzon como un malhechor, y el 27 del propio mes le condenaron á muerte.

Oigamos á uno de sus compañeros de cautiverio, y presbítero como él: «Mientras los jueces estaban deliberando, Mr. Jacquinet fué vuelto á su habitación: eran las once. Pasa el medio día y las doce y media, sin que le notifiquen la sentencia. El conserje, que la acaba de saber, entra en nuestra sala y dice: «Ese señor está condenado á muerte». Nosotros quedamos consternados.

»Decidimos que yo pasara al cuarto de nuestro futuro martir. Al verme entrar, sus tres compañeros adivinaron fácilmente la noticia que yo llevaba. Me acerqué á Mr. Jacquinet, y le dije: ¿Ha comido usted ya?—Él me respondió: He tomado un bocado, pues no tengo tiempo más que para prepararme.—¿Sabe usted el resultado de su juicio?—Lo supongo. Entonces me arrojé á su cuello: él lo había comprendido todo.

»La idea de que iba á morir dentro de tres horas no le causó alteracion alguna. Se puso tranquilamente á escribir algunas cartas, y nos preguntó si le permitiríamos rezar vísperas con nosotros. Ya se comprende nuestra respuesta: se trataba de la dicha de orar con

un martir. Rezó las vísperas sin que se le conociera nada en la voz; lo mismo que si estuviera en el coro de su iglesia.

»En seguida nos rogó que dijéramos con él la recomendacion del alma. Le dimos gusto, y tampoco al recitar estas preces tan conmovedoras observamos en él decaimiento ni miedo. Al contrario, cuanto más se acercaba el momento de su sacrificio, más brillaban en su semblante una serenidad y una alegría verdaderamente divinas.

»¡Ah, señores, nos dijo, qué dicha la mía morir por mi Dios! Puedo asegurarles que yo no deseaba que fuera otra la sentencia; y ahora que me han condenado, estoy infinitamente contento. No sé si será presuncion mía, mas siento dentro de mí un gozo inexplicable. Toda mi vida he tenido mucho miedo á la muerte, y ahora la veo venir con júbilo.

»Salió de su cuarto y pasó á despedirse de los prisioneros que ocupaban los inmediatos. Todos le bañaron con sus lágrimas. Después de haberles hecho sentir lo que vale la fe, añadió: Puedo aseguraros, queridos amigos míos, que voy á la muerte con más gozo que hubiera ido en mi juventud á un festín ó á la más grata diversion.

»En efecto, llegados los gendarmes, mar-

chó con paso firme al lugar del suplicio, y recibió el golpe mortal con la sublime calma que recuerda á la víctima augusta del Calvario»<sup>1</sup>.

Ya ves, querido amigo, que si la raza de los perseguidores dura siempre, la generacion de los mártires no se ha concluído. Sobre el caldoso revolucionario, como en la arena del anfiteatro, mediando un intervalo de quince siglos, brilla el mismo valor, igual serenidad y certidumbre de que esta vida no es la vida, y de que, por lo mismo, esta muerte no es la muerte.

Guarda este buen pensamiento. En la siguiente responderé á tus nuevas preguntas. Tu afectísimo...

<sup>1</sup> *Noticia de los sacerdotes de la diócesis de Besançon condenados á muerte, etc.*

## CARTA DECIMASÉTIMA.

SUMARIO: Tercer objeto de nuestra correspondencia: *ilustrar*.—Naturaleza íntima de la vida de acá abajo.—Es una prueba.—¿Por qué?—Parábola del Evangelio, que revela la naturaleza de la presente vida —Destino de esta vida: encaminar á la vida verdadera.—Lo que es la verdadera vida.—Medios de alcanzarla.—Naturaleza de la muerte.—Rasgo de San Carlos.—El cristiano que muere.—Comparacion.—Historia.—Cántico del desierto.

### QUERIDO AMIGO:

Leo en tu carta: «Las dos últimas de usted han rectificado mis ideas sobre la vida y la muerte; puedo asegurarle que mi amor á la vida y mi temor á la muerte, de hoy en más no serán para mí un tormento. Mas dado que esta vida no es la vida, ni esta muerte es la muerte, ¿qué es, pues, la vida? ¿Qué es, pues, la muerte? Necesito que me responda á estas dos preguntas; pero que la respuesta sea neta y fija, para que yo quede bien orientado».

Voy á dártela. Y lo hago con tanto más gusto, como que estas preguntas me conducen naturalmente á desarrollar el tercer obje-